

Y EL CORDERO BLANCO SE CONVIRTIÓ EN MAGO DE LUZ



... y el cordero blanco se convirtió en mago de luz

el Destino Ranieri

EL ARCÁNGEL DE LUZ II

RAQUEL CRUZ

el Destino Ranieri

Raquel Cruz

El Arcángel de Luz II

2º libro de La Saga del Arcángel

Primera edición, enero de 2016

©Raquel Cruz, 2016

www.raquelcruz.es

contacto@raquelcruz.es

Índice

[el Destino Ranieri](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PREFACIO](#)

[PARTE 1: Nueva vida](#)

[PARTE 2: Segunda revelación](#)

[PARTE 3: Rosa de Jericó](#)

[PARTE 4: El baile de máscaras](#)

[PARTE 5: Nigromante](#)

[EPÍLOGO: Y el cordero blanco se convirtió en mago de luz](#)

AGRADECIMIENTOS

Si algo detesto escribir más que las sinopsis, son los agradecimientos. Me resulta horrible porque sé que me dejaré a alguien por el camino y es tremendamente injusto. Así que espero que me perdonen todos aquellos a los que no nombraré, pero que están en mi corazón. Gracias y mil gracias a mis lectores, por estar ahí y por la enorme paciencia que han tenido esperando esta segunda parte. Perdonad los posibles fallos que encontréis en la novela. Por lealtad a vosotros y a mi profesión, os prometo que trataré de seguir mejorando cada día.

Gracias a Marta Fernández por sus consejos, cariño y apoyo. Eres una niña maravillosa que siempre tiende la mano a los demás. Pero no olvides que tú también eres importante. Estoy muy orgullosa de ti y sé que serás una gran letrada.

Gracias a mis amigos y lectores más próximos. Itsy Pozuelo, Rocío Carralón Moreno, Manel Báez Pérez, Mónica Campos, Loli Marti Álvarez, Andrea Benito Rubio, Nieves Alonso, Mercedes Perles. ¿Qué sería de mí sin vuestro apoyo y entusiasmo? Y una vez más, espero que me disculpen mis otros amigos por no nombrarlos. Sé que aquí es donde más injusta estoy siendo. No os preocupéis, ¡escribiré más libros!

Gracias a toda mi familia por respetar lo que he elegido ser y aguantar todas mis ausencias, mis encierros voluntarios y mis continuas excusas. Y gracias a Pablo, mi pareja y mejor amigo, por aguantar todo eso y mucho más. Sé que

no es fácil convivir conmigo, que estoy llena de manías y que gruño más de la cuenta, pero sabes que te quiero y sospecho que llegaremos juntos a viejos.

A mi querido Pablo,
por ser el ángel que ilumina mi vida.

El amor es benigno, es sufrido. El amor no tiene
envidia. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera,
todo lo soporta. El amor nunca deja de ser.

Corintios 13:4-13

PREFACIO

Y ahí estaba yo. Frente al hogar que sería mi prisión en los próximos... ¿quién sabe? ¿meses? ¿quizás años? ¿Toda la vida? Me estremecí ante la posibilidad porque ¿cuánto tiempo se necesitaba para cumplir con un destino? Sopesé la idea y no me gustó.

Bajo mi punto de vista había dos formas de contemplar lo mismo, con los ojos y con el alma.

Ante mis ojos, todo a mi alrededor resplandecía sereno y hermoso. Digna celebración de un nuevo comienzo. Sin embargo, con el alma, aquella mañana no podía ser menos tenebrosa que una noche cerrada de invierno. Pero cuando realmente llegara la noche, entonces yo emergería de mi pena y esperaría por él. Mi condena se volvería soportable solo por ello. La oscuridad se convertiría en mi refugio, el amanecer en su recuerdo y luego, una vez libre de mi promesa, me precipitaría al abismo con mi ángel tenebroso. Para siempre.

PARTE 1

NUEVA VIDA

Me sentí perdida nada más abrir los ojos en mi nuevo hogar. Todo era muy distinto allí. Mi nueva cama era tan pequeña como la vieja, la habitación en sí no era más grande que la que tenía en mi piso de Valencia y tampoco había muchos muebles. Sin embargo, todo me parecía dolorosamente distinto. Mi estómago, hecho un ovillo, así lo apreciaba.

Aún no había corrido las cortinas, ni abierto la ventana, pero no tenía que hacerlo para saber que allí fuera el panorama era diferente. Albergaba vagos recuerdos de mi llegada a Roma. La mayoría tenían que ver con el trayecto en coche, de mí acurrucada en el asiento trasero, del último roce de sus labios... Recuerdo también que, me pasé el viaje llorando con disimulo para no amargarles la existencia a los señores que iban delante. Y la última imagen que me venía a la mente era atravesando el umbral de una finca protegida por portones automáticos y llegando a unos jardines bien cuidados, con una gran abadía al fondo que enseguida identifiqué como mi cárcel. Y ahora había despertado aquí, en esta habitación en medio de la nada, pues seguía sin atreverme a sacar los pies de la cama para correr las cortinas.

Alguien abrió la puerta con decisión y entró, dejando pasar parte de la luz de fuera en mi reconfortante oscuridad. No pude evitar hacer una mueca cuando vi a la misma señora que me había traído hasta esta prisión y que ahora me observaba con los brazos en jarra.

—*¡Buon giorno! Bella ragazza.* ¡Al fin te has despertado! —me saludó con una sonrisa mientras colocaba una bandeja llena de comida en una mesita de madera.

Hice otra mueca. Su profundo acento italiano me recordaba que ya no estaba en España. Pero cabía aclarar que combinaba su idioma y el castellano con bastante fluidez.

Atravesó la habitación e hizo lo que yo estaba evitando a toda costa. Apartó las cortinas de un tirón y abrió la ventana. El ambiente se inundó de aire puro y claridad. Enterré la cabeza en las sábanas de la cama, huyendo de las sensaciones de ese nuevo lugar. Pero aquella mujer, lejos de dejarme tranquila, tiró de las sábanas con fuerza y desmanteló mi refugio en un segundo.

—*Vamos, signorina, ¡arriba!* Ya has dormido un día entero —alegó, interpretando mi cobardía como pereza—. Además, *tuttos* te están esperando.

La miré con miedo.

—Define *tuttos*.

—*Tuttos.* ¡Todos! —me gritó desde el baño, a la vez que abría el grifo de la ducha—. *Ma* principalmente Leandro, el supervisor de *questa* escuela agrippiana. Así que date prisa en ducharte y estar preparada.

Obedecí con pereza. No me gustaba la idea de pasarme el día presentándome ante un montón de extraños y ser el centro de atención. Pero sabía que era algo inevitable cuando comenzabas en un lugar. El complejo de forastera lo había tenido toda mi vida: en el colegio de monjas, en la

universidad, y finalmente, en el periódico de *Don Urraca*. Aunque ahí al menos había respirado aliviada pensando que ya no tendría que volver a pasar por lo mismo, pero al parecer estaba equivocada.

Terminé de ducharme y salí del baño envuelta en un albornoz. Me quedé ensimismada observando como esa mujer danzaba con energía por la habitación mientras cambiaba las sábanas de la cama y ordenaba todo, sin dejar de cantar. Era como una campana: ancha y ruidosa. Fue imposible no sentirme contagiada por su entusiasmo. Me recordaba a mi madre, y sonreí por primera vez desde mi llegada.

La señora se percató de que seguía parada y me lanzó una mirada cargada de reproche.

—¿Ma todavía sigues así? ¡Andiamo, andiamo! Ya te he dicho que te están esperando.

Refunfuñé por lo bajo. Dictando órdenes también se parecía a mi madre.

—¡Ah! Antes de que me olvide —dijo sacando un papel de su mandil—. Es el *programma* de tus clases. Guárdalo en una de las taquillas libres que encontrarás al fondo del pasillo, y ora desayuna rápido y vístete.

Y antes de que pudiera pestañear, se esfumó con la misma prontitud que había aparecido.

Engullí las tostadas con el vaso de leche, me puse ropa cómoda: mis vaqueros y mi prenda predilecta, la palestina. Tomé aire con la mano apoyada en el pomo de la puerta y

salí de la habitación. Lo que me encontré me dejó de lo más desconcertada.

Había personas vestidas de una forma muy extraña caminando a paso ligero por un pasillo totalmente blanco. Me moví con torpeza entre el flujo de aquellos transeúntes que parecían sacados de un episodio de Star Wars.

Más tarde divisé las taquillas a unos metros de distancia. Fue fácil encontrarlas porque el intenso dorado del metal destacaba sobre el blanco del entorno. Escogí una de las que estaban desocupadas e intenté abrirla, pero fue imposible. Tampoco vi ninguna cerradura que me indicase que había que meter una llave. Así que seguí forcejeando y peleándome con la dichosa taquilla, hasta que escuché una risa masculina de fondo y me giré furiosa para ver quién se burlaba de mí. Entonces él dejó de reírse y se quedó paralizado, con sus ojos escrutándome de una forma fija. Su manera de observarme me irritó más que su propia risita.

—No sé por qué me miras así. El que va vestido como un jedi eres tú...

Estaba segura de que ese estúpido italiano no me entendería.

Me fijé en que su indumentaria era tan extraña como la del resto de estudiantes. Pero su traje no era rojo, sino del mismo blanco radiante que las paredes de la escuela.

El joven parpadeó y esbozó una sonrisa ancha.

—No te enfades. Es que me recuerdas a alguien que perdí hace mucho tiempo —expresó en un excelente caste-

llano.

—¿Hablas mi idioma? —le pregunté sorprendida y algo avergonzada por verme descubierta.

Él asintió.

—Los brujos dominamos la mayoría de idiomas a la perfección. Es parte del temario.

—¡Ah! Así que no solo montáis en escoba y manejaís la varita, también aprendéis cosas más normales —me burlé—. ¿Y me podrías ayudar a abrir la taquilla?

Él asintió sonriente y con un leve chasquido de dedos, abrió el cajón metálico desde la distancia.

—Claro, no podía ser de otra manera... —me quejé en voz alta.

Se rió de nuevo.

—Tranquila, ojos verdes, pronto te acostumbrarás.

—Mi nombre es Dana —le corregí—. Por cierto, ¿sabes dónde puedo encontrar a un tal Leandro?

—Por supuesto, *el tal Leandro* tiene su despacho al final de este mismo pasillo —me explicó, burlándose de mi tono desenfadado.

—Gracias.